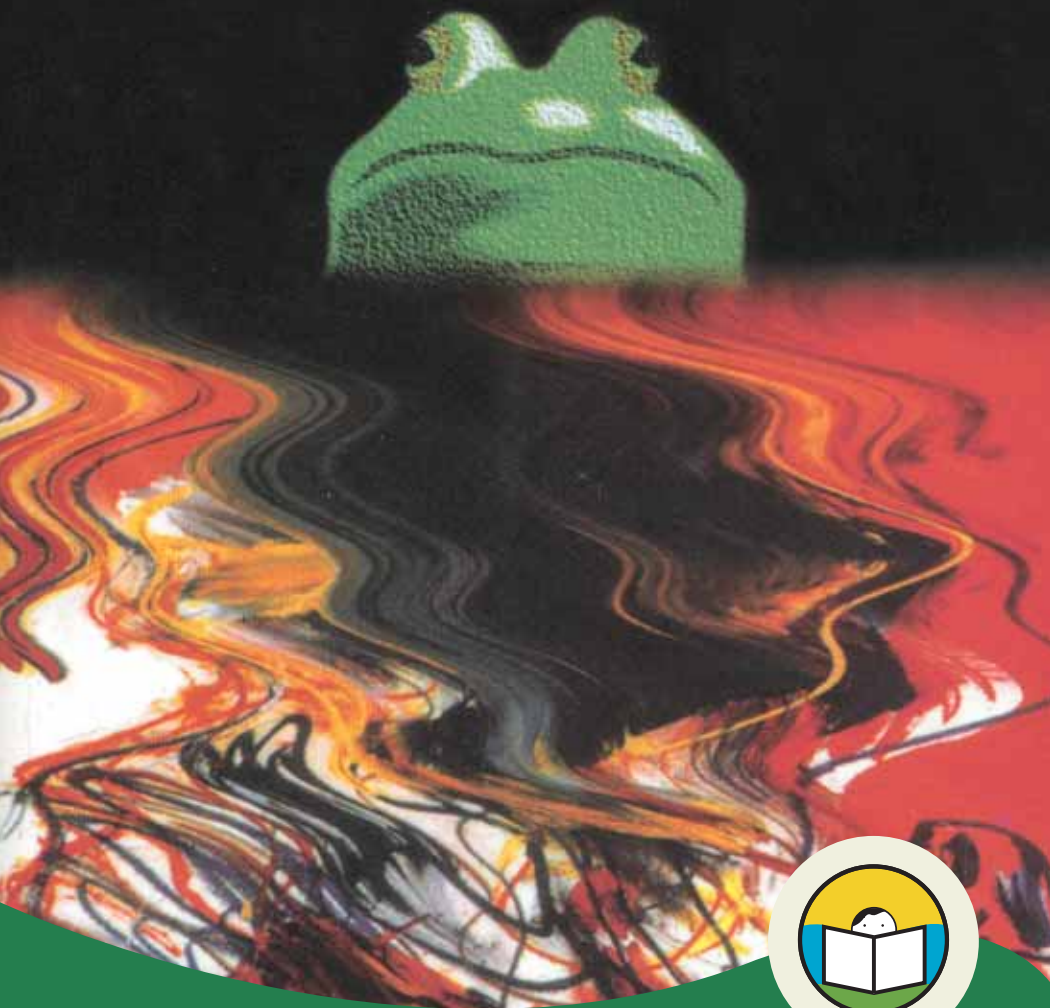


NO HAY TUMBAS PARA LA VERDAD

Graciela Bialet



Leer agranda el alma

No hay tumbas para la verdad

Graciela Bialet

*"¿Nos bastará esgrimir
los argumentos de la inocencia?"*

Oswaldo Pol

El tío Hugo cumplió como siempre su palabra y me consiguió el libro que había elaborado la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Yo quería revisar ese informe para ver si encontraba el nombre de mi mamá que estaba desaparecida desde la última dictadura militar. Desaparecida. Como si se hubiese desvanecido en el aire, o se la hubiera tragado la tierra, o esfumado como por arte de magia, según parecía creer mi abuela intentando argumentarme la vida con ositos de peluche aún a mis 17 años.

Aquel día a la salida de clases, le dije a la abuela Esther que me iba a estudiar a lo de un compañero que ella no conocía, pero en realidad me fui al departamento de Rogelio. A esa hora, seguro, estaba en su oficina. Él siempre dejaba las llaves bajo un mosaico flojo del pasillo y yo sabía que podía usarlo para todo tipo de emergencias.

En realidad, Rogelio esperaba que fuera con chicas para

"No hay tumbas para la verdad" en *Los sapos de la memoria*

© Graciela Bialet

© CB ediciones, Córdoba, 2003

Ilustración de tapa: Miguel Sablich gentileza CB ediciones

Colección: "Leer agranda el alma"

Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2004.

luego expurgar con lujo de detalles la confesión de mis amores y disfrutar mis pasiones de juguete como viviendo así una juventud distinta a la suya entre rejas. Él estuvo preso desde los dieciocho hasta los veinticinco años por repartir volantes *subversivos* en la puerta de la facultad; y en la cárcel conoció y compartió celda y golpes con mi viejo.

Creo que por eso, a veces se la da de padre conmigo y me repudre con consejos de inconfesada procedencia machista; pero me divierte mucho cuando inventa fábulas mezclando mi realidad con sus ficciones en cuentos que, de pequeño, me hacían sentir un pánico varonilmente apadrinado, desasfijándome de tanta abuela. Pobre Rogelio, cuando estoy de humor le sirvo unas cervezas y le sigo la corriente, porque sé que arma el rompecabezas de su historia con mis breves piezas de experiencia; y además porque le debo una: él fue la única y última compañía de mi papá antes de morir en cana.

Por lo que Rogelio me cuenta de aquella época, todo era subversivo: pensar distinto era *subversivo*, ser joven era un *delito subversivo*, hacer el amor antes de casarse era *promiscuidad subversiva*, cantar las canciones de John Lennon era *reproducir modelos subversivos*, usar el pelo largo y los jeans desflecados era un modo de mostrarse *subversivo*. Para mí que creer que todo era subversivo estaba de moda.

Me instalé cómodamente en la cocina de Rogelio y me preparé unos mates decidido a no moverme de allí hasta

encontrar lo que buscaba, y aunque estuve tentado en llamar a Carola aprovechando la intimidad de la ocasión –"Ay, Carola, cómo me gusta verte, tocarte, sentirme en tu cielo, derretirme en tu verde misterio, ¡ah!"– opté por bancármelas solo con mis problemas. Tal vez su magia me susurró que hay pasiones que sólo se viven con uno mismo.

Revisé el libro hoja por hoja esquivando las ganas de vomitar que me producía cada relato, en la certeza de que eso no había sido investigado y escrito bajo anestesia de ninguna cerveza, y comprobé que los cuentos de terror de Rogelio sólo eran nanas infantiles al lado de aquellas desgarradoras historias del libro: secuestros, centros clandestinos de detención, el exterminio como arma política, la impunidad con que los represores se movían, actitudes de la iglesia, de algunos funcionarios, cómo se coordinaba la represión en toda Latinoamérica, documentos, listas de detenidos desaparecidos, niños, embarazadas y adolescentes torturados.

Leyendo sobre los niños arrebatados de su hogar junto a sus padres, pensé en mi suerte y en mi mamá, abandonándome escondido en el canasto de la ropa sucia. Sólo recuerdo gritos extraños, y a ella diciéndome algo mientras me tapaba con manteles y camisas adentro de un cesto de mimbre. ¿Qué sucedió aquella noche? ¿Por qué me dejaron allí? ¿No me habrían visto? ¿O en realidad yo no estaba ahí cuando secuestraron a mi madre?

–¡Oh!, Camilo, ¿otra vez con eso? Ya te he dicho una y

mil veces que la vida sigue desovillando su carretel y el hilo nos teje artesanalmente a un destino. No tientes a la avispa de los recuerdos –me dice mi abuela cada vez que le pregunto, dando por terminado el tema con un oportuno suspiro al borde del infarto. Ella nunca supo explicarme bien lo que pasó, pareciera que mi vida comenzó el día que aparecí en su casa.

El informe seguía su repugnante relato: el saqueo y el lucro de la represión, la familia como víctima, inválidos y lisiados también blancos para la tortura, allanamientos.

Los capítulos se sucedían uno al otro sin mermar su asqueroso discurso.

El mate amargo endulzaba la lectura.

Finalmente, en la página 323 encontré el nombre de mi mamá: Ana Calónico de Juárez, 26 años, secuestrada de su domicilio el 21 de setiembre de 1977.

La vista se me acalambrió y se resistía a leer. A regañadientes obligué a mis ojos a dar sus saltos decodificando líneas y letras. Eran sólo seis renglones.

Pensé inmediatamente en no volver a dirigirle la palabra a la abuela, porque si ella había recurrido a todos los organismos de defensa de los derechos humanos buscando a mamá, como me había dicho, la habría encontrado hace mucho en esta maldita página 323 igual que yo.

Me sentía brutalmente estafado, pero mi curiosidad iba más rápido que la bronca y seguí leyendo.

Así me enteré que mamá había sido vista en un

destacamento militar utilizado como centro de detención clandestino llamado La Perla. Allí la habían torturado con electricidad atada a un elástico metálico luego de ser violada por varios guardias, y no se supo más de ella después de que la sacaron en un camión junto a otras dos mujeres. Se presume que fueron arrojadas al pozo de una cantera de cal sin apagar a pocos kilómetros del lugar de cautiverio.

Me floreció un sudor pegajoso en la cara y quedé ciego no sé por cuánto tiempo. Hubiera querido llorar con calma, pero la furia se me agitaba en el pecho arremolinándome los rencores y no me dejaba comportar como hubiera sido debido.

–¡Los odio! ¡Malditos hijos de puta! –grité zambulléndome en el mantel. Me levanté tirando hacia atrás la silla y pateé doscientas veces una alfombra de cuero de vaca que Rogelio tenía entre la cocina y el living, dejándola hecha un bollo frente a la puerta de entrada.

Una fuerza irreconocible que me nacía del alma me cristalizó la garganta y tuve que hacer un enorme esfuerzo para llegar al baño a echarme agua sobre la cabeza y poder así volver a respirar.

Imaginé todas las traidoras razones por las cuales me ocultaron la verdad sobre la muerte de mi madre. ¿Acaso uno no es dueño de su historia por dolorosa y terrible que sea?

Me sentí culpable de tener bronca contra mamá por haberme dejado solo en ese canasto sucio; creo que alguna

vez hasta llegué a odiarla. Me brotaron unas ganas terribles de poder pedirle perdón. Quise abrazarla en mis recuerdos pero la había borrado para no sentir ese odioso sentimiento de abandono.

¿Cómo era su cara? ¿Sus ojos? ¿Su pelo acariciaba en abrazos como los de la madre de mis amigos? ¿Era más bonita cuando se reía o cuando cantaba? ¿Jugaba conmigo? ¿Su risa sonaba a cascada o a pájaro? ¿Cómo era más allá del celuloide de las fotos? ¿Cómo era que no me acuerdo?

¡No tenían derecho a obligarme a olvidar! Yo quisiera pensar en ella y recordar su rostro, su sonrisa. ¡No les voy a perdonar nunca que me mintieran, porque ocultarme hasta el más mínimo detalle, es como haberme mentido en todo! ¿Qué se creyeron? ¿Vivieron en mí lo que perdieron?: la abuela a su hija, Rogelio su juventud. Ellos tienen sus recuerdos, por asquerosos o tristes que sean, ¿pero yo?

"Al único que pienso seguir dándole bola es al tío Hugo", pensaba entre cortinas de bronca.

Creo que por primera vez en la vida sentí deseos incontenibles de morirme de pena.

Quería que el centrifugado de imágenes, gritos y sudores que me sacudían, acabara destripándome.

Hubiera deseado encender el fuego más irremediable del universo para quemar todo.

Me hubiera arrancado los ojos para que dejaran de pincharme las entrañas y empecé a sentir aquella furia incontrolable de hacía unos momentos. Pero justo cuando

estaba envuelto en la peor llamarada de odio, vino a mi rescate una luz infinitamente celeste, como un retazo de cielo desperdigando esencias de vida, y se instaló delante mío la sonrisa de mamá, aquella que me perseguía en sueños por las noches.

Ella se plantó frente a mí, en camisón, con su rostro acaramelado de canción de cuna, y acariciándome entre el mimbre de aquel viejo canasto, cantó una canción de cuna extraña:

–"Botón, botella, soy hija de las estrellas.

Camilito, camilón, mi hijo será gorrión".

Vi su rostro joven y sereno. Recordé sus nanas y las figuras que hacíamos con masa de sal cuando volvía de su trabajo. Me acordé de las cuadras que caminábamos juntos desde la guardería a casa, contándome adivinanzas y juegos de palabras que yo trataba de repetir en mi media lengua. Escuché mi voz de niño llamándola "mamana, mamanita", compactando sus nombres, y a ella festejando mi picardía. Sentí su olor a margaritas frescas, su risa de sapo croando hipos que me arrancaban carcajadas, y caricias que ya no quería olvidar.

Su imagen se plantó frente a mí como en una nube de reminiscencias recién cortadas.

Era mi mamá, era ella. Lo supe porque luego de un momento, me recordó aquél: "Te quiero con toda mi alma, hijito; lo mejor que tengo para darte es la libertad. No lo olvides nunca" –con el que me despidió esa noche de

horrores entre el mimbre. Entonces me envolvió un perfume salado de recuerdos devolviéndome la paz.

De a poco, la luz celeste se fue esfumando, desgajadamente. Entonces, recobrado de aromas e imágenes, me tiré en la cama de Rogelio y lloré.

Lloré por ella y por mí.

"Ana. Mamá. Mamana..."

Lloré por los años que nos habían robado.

"Botón, botella, soy hija de las estrellas."

Lloré por sus jóvenes ganas de cambiar el mundo.

"Camilito, camilón, mi hijo será gorrión."

Lloré por las horas de canciones que no escuché ni escucharé.

Lloré por las atrocidades que sufrió.

"Mamá. Mamanita..."

Lloré por las noches en que traté de justificar mi esencia de huérfano.

Lloré.

Amarga y pausadamente, hasta que los ojos dejaron de dolerme.

(Capítulo XIV de la novela *Los sapos de la memoria*, © CB ediciones, Córdoba, 6ª edición, 2003, © Graciela Bialek)

Graciela Bialek

Escritora y educadora cordobesa. Es Licenciada en Educación (UNQ), Comunicación Social (UNC) y Master en Promoción de la Lectura y la literatura infantil (CEPLI, Universidad de Castilla La Mancha, España).

Se desempeña laboralmente como Directora Biblioteca Provincial de Maestros y como Coordinadora del programa de promoción de la lectura: VOLVER A LEER, en el Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba .

Desde hace 16 años la Feria del Libro de Córdoba la cuenta sistemáticamente entre sus programadores del área para niños y de las Jornadas de Educación.

Como escritora ha abordado géneros de la Literatura Infantil, la novela, el ensayo y textos pedagógicos para niños y para docentes.

Posee 25 obras publicadas. Ha recibido varias distinciones, entre ellas una por "No hay tumbas para la memoria" otorgada por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Córdoba en el Concurso "Premio Nacional de narrativa infanto juvenil" (1997). Sus libros más difundidos son: "De boca en boca", la novela "Los sapos de la memoria", "San Farrancho y otros cuentos", "Medio blanco, medio negro", "Nunca es tarde" y "Si tu signo no es de cáncer".



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA



Gobierno de la Provincia de Córdoba
MINISTERIO DE EDUCACIÓN



Leer agranda el alma